

**Pregón de las Fiestas Patronales de la ciudad de Herrera de Pisuergra
en honor de la Virgen de la Piedad del año 2013**

Amigas y amigos herrerenses, paisanos de la comarca de la Ojeda-Boedo, visitantes todos, muchísimas gracias por vuestra presencia en este acto.

Dora, gracias por tus palabras, y como no mi agradecimiento por haber pensado en mí para dirigir a mis conciudadanos unas palabras a modo de pregón; inicialmente estuve inquieto, me decía vaya telares, luego nervioso, lo sigo estando y haciéndome multitud de preguntas, seré capaz, la pifiare, pero al final y como no puede ser de otra manera, pensé, eres de Herrera, y es un honor poder participar, como tantos herrerenses en diversos ámbitos ,se han mojado y se mojan por herrera a diario, aunque parafraseando al refranero Herrera como el buen vino no ha menester pregonero.

Permitidme que antes de desarrollar mi labor, me presente ante vosotros, que de alguna forma tiene que ver con el desarrollo del pregón.

Nací en esta ciudad de Herrera, un 30 de diciembre de 1.956, en horas de duermevela; a mis padres Semi y Tita, a quien ayudo en su alumbramiento la señora Germana, les di la navidad, pero nadie nace cuando quiere; hice el número tres entre los vástagos de mis padres, me precedieron José miguel y Luis Antonio, mas conocidos por amigos compartidos, como Michel y Luisin; mas tarde Rafael y Ana María y por ultimo Alberto, el benjamín en edad que no en altura.

Los primeros años de mi niñez transcurrieron supongo que de modo placido; como dice Blas de Otero, poeta bilbaíno y gran enamorado de los campos y tierras de Castilla, "lo primero que recuerdo es que no recuerdo nada. Yo sé que había nacido, incluso que andaba a gatas o trepaba hacia el seno de mi madre, mas ignoro qué sentía, veía, escuchaba o vislumbraba por aquellos años. "

Como la gran mayoría, el primer contacto con la sociedad infantil, tuvo lugar en el colegio de las monjas; al poco tiempo, y algo más talludito, encamine mis pasos al colegio salesiano, donde, poco a poco me entusiasme con la idea de ser misionero; así con nueve años fui al colegio salesiano de Astudillo; la ilusión se frustró, un nefasto mes de septiembre del año de 1972, en el que mi hermano Michel nos dejó; se nos prepara y forma para todo, menos para las desventuras; inquirimos respuestas y no llegan.

A renglón seguido acudo a Palencia, finalizo el bachiller, luego el cou y por último a Valladolid, donde curse estudios de derecho; en la actualidad y desde el año 1.985, resido en Bilbao, a donde fui por amor, para disfrutar los años de mi vida con Pilar, mi esposa, a quien por cierto conocí en Herrera y es en parte paisana nuestra, ya que su padre Gonzalo, era natural de Ventosa de Pisuerga.

Advertiréis que, salvo los nueve primeros años de vida, en los que permanecí en herrera de modo ininterrumpido, el resto ha sido un constante éxodo; ello no ha supuesto en modo alguno ser víctima del desarraigo; el cariño y apego a herrera, en buena medida me lo han transmitido mis padres, con su ejemplo, quienes también sufrieron su particular éxodo, a edad madura, y muy especialmente mi padre, quien no dejó de estar enamorado de herrera hasta su muerte, bien lo sabéis.

Mi hermana Ana, aparte de darme ánimos en este trance, me ha facilitado unos pensamientos de José Ingenieros, escritor italo-argentino, que de modo magistral, define el amor al terruño del siguiente tenor:

“De todos los sentimientos humanos, ninguno es más natural que el amor a la aldea, el valle o el barrio en el que vivimos los primeros años; el terruño habla de nuestros recuerdos más íntimos, estremece nuestras emociones más hondas; un perfume, una

perspectiva, un eco, despiertan un mundo en nuestra imaginación, todo lo suyo lo sentimos nuestro en alguna medida y nos parece también que de algún modo le pertenecemos, como la hoja a la rama”.

“Nada en él es desconocido ni nos produce desconfianza, llamamos por su nombre a todos los vecinos, conocemos en detalle todas las casas, nos alegran todos los bautismos y nos afligen todos los lutos. por ello sentimos en el fondo de nuestro ser una solidaridad íntima con lo que pertenece a la aldea, el valle o el barrio donde transcurrió nuestra infancia”

Yo, como tantos hombres y mujeres herrerenses, que nos hemos visto obligados a realizar nuestros proyectos de vida fuera de nuestro terruño, somos ciudadanos de ida y vuelta; pero en modo alguno y porque amamos nuestros orígenes cedemos a la tentación del desarraigo; nos basta poca cosa para reafirmarnos una y otra vez, al pasear nuestras calles, nuestras plazas, nuestros campos, nuestro parque, las sendas del canal del castilla, admirando sus esclusas, la visita a nuestra Virgen de la Piedad en su ermita, la contemplación de los paisajes que se alumbran desde esa atalaya que es el mirador del castillo, pulmón sin igual, así la ribera del Pisuerga, si bien hoy con cierta añoranza, al estar físicamente abierta en su mitad por un enorme costurón de alquitrán, y haber perdido el esplendor de antaño, aquel mosaico de vegetales de colorido sin igual; pero nos quedan los recuerdos y si cerramos los ojos nos vienen imágenes que nos siguen emocionando, y que decir de la peña Amaya, espectacular, sobrecogedora y especialmente en los atardeceres, en los que adquiere ese particularísimo tono violáceo; y como no el encuentro con nuestros mayores y coetáneos, siempre atentos y cariñosos con nosotros.

Herrerenses, que felicidad haber vivido la infancia en Herrera, la libertad de movimientos, la sensación de seguridad, los primeros juegos infantiles, cromos, pincho, la vuelta ciclista a España , a base de bonillas y su desarrollo por la carretera serpenteante dibujada a tiza en los soportales de la plaza mayor; juegos educativos como el dictado de la coma a cargo de Chus Corral, ya apuntaba dotes de pedagogo, en la entrada de la casa de su abuela materna; la caza y captura de las luciérnagas, la pesca de los renacuajos en los charcos camino de los pasaderos ; la pesca de los cangrejos en las acequias; el disfrute de las faenas de la cosecha del trigo en las eras a la antigua usanza, la matanza de los chinos y el sabor inconfundible del calducho, los paseos por las huertas, las fiestas, con las casetas de tiro, la tómbola, las cadenas de los tiovivos, los fuegos artificiales con aquellos discos que salpicaban fuego y color incrustados en lo alto de maderos, las bombas japonesas, con sus tesoros, la heladería rodante "los hermanos"... , las carreras en desbandada ante los cabezudos, fundamentalmente la tuerta y el negro.....

Herrerenses que felicidad los veranos de la adolescencia y de la primera juventud; los baños en la chopa o la lera, los primeros escarceos amorosos de la edad del pavo, la formación de las cuadrillas, los juegos en el Salón Recreativo de la Deseada, las quedadas en la Cafetería Yudi, la Discoteca Brasil Rio, el Cine Arroyo, las actividades culturales, el teatro a cargo del Grupo Lara, antecesor del Grupo Afición, creado por el que fuera notario de Herrera Juan José Fernández, los primeros años de la fiesta del cangrejo vividos con intensidad propia de jóvenes.

Herrerenses, hemos de sentirnos orgullosos de nuestra ciudad, realidad ayer, hoy y mañana.

Es la hora de disfrutar las fiestas y cómo no es la hora de tomar el vino, chismorrito, caña o lo que se tercié.

Herrerenses que la Virgen de la Piedad, en su infinita misericordia y compasión nos guarde.

VIVA HERRERA DE PISUERGA

VIVA LA VIRGEN DE LA PIEDAD.

Javier Sampedro Lobejón.

